



**Política, politización y movimiento: Un comentario al libro de Diego Zenobi *Familia, política y emociones. Las víctimas de Cromañón entre el movimiento y el Estado* (Buenos Aires: Editorial Antropofagia, 2014, 247 páginas)**

Virginia Manzano  
CONICET / ICA, FFyL-UBA  
virginiamanzan@gmail.com

Crítica de libros

El 30 de diciembre de 2004, 194 personas, en su mayoría jóvenes, murieron debido al incendio desatado en el boliche República de Cromañón -Ciudad de Buenos Aires- durante la actuación de la banda de rock Callejeros. Un instrumento de pirotecnia encendió el techo de ese local, recubierto de un material inflamable de aislación acústica, despidiendo gases que provocaron la intoxicación con monóxido de carbono originando gran parte de las muertes. En pocos días, los medios de comunicación masiva y especialistas en ciencias sociales articulaban distinto tipo de interpretaciones sobre ese evento, para algunos, el incendio de Cromañón había sido un accidente, por lo tanto, un hecho excepcional, para otros, en cambio, era la consecuencia del encadenamiento de causas sociales, políticas y culturales que se manifestaban en “conductas de riesgo” generalizadas entre los jóvenes. Conductas que fueron leídas en clave moral, bien como indisciplina o bien como resistencia a la opresión. Otros sostuvieron que el uso de pirotecnia era parte de un fenómeno estético social bautizado como “Rock-Chabón”, es decir, una tradición del rock que atraía fundamentalmente a jóvenes de sectores empobrecidos y vulnerables, cuyas disposiciones corporales se estructuraban simulando ser miembros de parcialidades de fútbol.

El libro de Diego Zenobi, *Familia, política y emociones. Las víctimas de cromañón entre el movimiento y el Estado*, publicado por la editorial Antropofagia en el año 2014, invita al lector a transitar por otro camino, diferente al de aquellos que señalan la excepcionalidad del accidente, la repetición de hábitos de riesgo, o prácticas estéticas-sociales de jóvenes empobrecidos. Esto es así porque la obra se vertebra en función del análisis de las acciones públicas en demanda de justicia protagonizadas por aquellas personas que apelaron a su condición de madre o

padre de los fallecidos. Además, supone atender a las relaciones de proximidad y afinidad desde las cuales tomó forma el denominado movimiento Cromañón así como a los vínculos filiales oficialmente acreditados por el Estado o, como califica el propio autor, vínculos estatalmente instituidos. Más allá de las diferencias que separan a quienes integran el Movimiento Cromañón, aspecto abordado en distintos tramos del libro, parecería que sus miembros compartieron el esfuerzo en identificar responsables individuales del incendio y, a la vez, en re-nominar el evento crítico como *masacre*, considerando a la muerte en ese contexto como anti-natural (por la preponderancia de jóvenes entre los fallecidos), evitable (por la ausencia de control y fiscalización sobre el boliche), y traumática (porque muchos no hallaron la forma de escapar a tiempo debido a la clausura de salidas de emergencia en el local).

A lo largo de la obra, Diego Zenobi despliega creativamente la categoría de politización para hilvanar debates de orden teórico-metodológico medulares a las ciencias sociales en general y a los estudios de la política en particular. Esta categoría, tal como sostiene el autor, suele ser esgrimida para referir a organizaciones de víctimas en el espacio público, teniendo en cuenta que los vínculos de parentesco se han revelado como un valor central en la construcción de demandas públicas de justicia en nuestro país a partir de la última dictadura militar. En el campo de estudios dedicado a organismos de derechos humanos se asume, según considera Zenobi, que lo privado y lo público son construcciones sociales históricamente situadas pero se tiende a tratar esos universos como dominios realmente existentes. Este estilo de análisis, al que el autor define como modelo de Antígona, generalmente describe recorridos que van desde lo privado hacia lo público, de lo personal a lo colectivo, de lo familiar a

Recibido el 2/05/2016; aceptado el 8/05/2016.

lo político. La politización, entonces, viene a significar el nexo que relaciona dominios considerados en términos abstractos como discretos, autónomos y en oposición –familia/política o privado/público-, indicando fundamentalmente el pasaje de lo familiar a lo político.

En otro escenario, aquel que preocupa especialmente a Zenobi, la categoría de politización cobró centralidad para explicar la organización de familiares y sobrevivientes de Cromañón en un sentido próximo al modelo de Antígona, es decir, para dar cuenta del nexo que vincula lazos familiares, considerados parte de lo privado, con el mundo público. Pero más aún, la categoría de politización vino a imponer un sentido unívoco a las acciones públicas de familiares y sobrevivientes, en otras palabras, a los ojos de los analistas esas acciones eran políticas porque, entre otras cosas, confrontaban e interpelaban al Estado. Diego Zenobi encuentra que el carácter impuesto, unívoco y externo de politización como categoría de análisis contrasta con la manera en que los propios actores explican sus acciones, y es ahí donde demuestra su entrenamiento etnográfico tomando como objeto de análisis al punto de vista de los familiares. Politización, desde el punto de vista nativo, no vendría a señalar dominios autónomos, ni pasaje entre un universo familiar a otro político, sino que refiere a construcciones difusas, situacionales y productos de procesos de clasificación social.

Convertir el punto de vista nativo en objeto de análisis hace posible someter las categorías de política, politización y familia a la variedad y diversidad del mundo social o, más precisamente, al mundo social que se pesquisa en este libro. En este sentido, el texto pone de relieve una profunda adhesión al enfoque etnográfico como concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros. Y esta adhesión implica llevar a cabo un proceso extremadamente complejo, que lejos está de la mera recolección e inscripción textual de la perspectiva de *los otros* como si realmente existieran, puesto que la perspectiva nativa es una activa construcción teórica orientada por el investigador, quien debe aprehender las estructuras conceptuales con las cuales la gente actúa y hacer inteligible sus comportamientos en relación con el de los demás (Guber, 2011). Así, la descripción etnográfica compromete no solamente a conceptos analíticos supuestamente universales sino a las propias certezas del investigador, tornando la incomodidad en una vía privilegiada de construcción de conocimiento. En suma, la perspectiva

del actor conlleva la asunción de la existencia de la diferencia y la variabilidad así como el reconocimiento de que los sujetos tienen una visión de su mundo social que les permite operar en él (Balbi, 2007). Con estas premisas, Zenobi se anima a tratar la categoría politización antes que como concepto analítico como categoría local socialmente construida y movilizadora por los actores en situaciones y contextos específicos, emergiendo la política en múltiples sentidos y formas de ejercicio.

Un aspecto cardinal del trabajo consiste en desnaturalizar la noción de movimiento, la cual se encuentra implicada en las consideraciones sobre política y familia. El movimiento Cromañón refiere a un conjunto de grupos de familiares, amigos y sobrevivientes que se reunieron a partir de ese evento crítico. Por lo general, la idea misma de politización imputada externamente supone al movimiento como una realidad discreta y enfrentada al Estado. Además, los estudios tienden a cristalizar la existencia de los grupos asignándoles clasificaciones en función de la disposición de lucha contra el Estado, lo que se expresa en categorías tales como *combativos*, *tibios*, *politizados* y *anti-políticos*. En franco debate con esta construcción analítica, la obra de Zenobi recupera el legado del sociólogo alemán Norbert Elias para tratar al movimiento como una trama de interdependencia que da forma a una configuración social específica.

El abordaje del movimiento como configuración social se despliega detalladamente en la primera parte del libro, compuesta de los dos primeros capítulos, donde se describe etnográficamente la forma en que familiares y sobrevivientes del incendio se vincularon con agencias estatales y la importancia que tuvieron esas relaciones para la construcción pública como víctimas movilizadas. Por un lado, se analizan los modos en que los familiares se relacionan entre sí y evalúan acciones desplegadas por otros familiares, por otros actores, y por ellos mismos. Esas evaluaciones producen clasificaciones moralmente informadas que Zenobi, inspirándose en Durkheim, dirá que portan un carácter ambivalente de obligación y deseabilidad. En esta dirección, mostrará como la acción se funda en el carácter obligatorio del parentesco y, simultáneamente, en el afecto y la emotividad. De esta manera, surgen clasificaciones distintas a aquellas de *combativos*, *tibios*, *politizados* o *antipolíticos*, puesto que las mismas se ordenan de acuerdo con el compromiso asumido en la demanda de justicia que varía en función de vínculos distintivos que encarnan madres y padres de los falleci-

dos, sobrevivientes, familiares de sobrevivientes, otros actores como tíos, hermanos, novios y amigos de los fallecidos o militantes de partidos políticos y profesionales. Por otro lado, funcionarios y agentes estatales participan de esa trama de interdependencias en la medida que las personas son reconocidas como víctimas a través de programas gubernamentales de atención y como querellantes en el ámbito de la justicia penal.

De esta manera, los dos primeros capítulos muestran como los familiares y sobrevivientes fueron sujetos a una serie de procedimientos estatales al tiempo que esos mismos procedimientos los acreditaron como tales, poniendo en circulación una cuantiosa documentación oficial: partidas de nacimiento, libretas matrimoniales y, para el caso de los sobrevivientes, la acreditación del sufrimiento de haber *estado allí* bajo evaluación del saber experto. A la par, el libro también ofrece una descripción vívida del carácter moral del compromiso, en su doble acepción de obligatorio y deseable. Así, se aprecian tiempos y espacios considerados adecuados, como la marcha de los días 30 y el *santuario* construido sobre una de las esquinas donde funcionara el boliche, decorado con imágenes y objetos de las personas fallecidas, para que familiares y sobrevivientes se reconozcan mutuamente como víctimas del dolor a través de expresiones emocionales y corporales. También se reconocen por la puesta en acto de una *tecnología manifestante* (fotos, pancartas y banderas), cuando se inicia la marcha a pie desde el *santuario* hacia Plaza de Mayo (centro político de la Argentina). En suma, en esos tiempos y espacios no sólo se cumple con una obligación relativa al aspecto jurídico del parentesco sino que la lucha por justicia es asumida como deseable también en función de los afectos y de la propia situación de sufrimiento.

El abordaje etnográfico del movimiento como configuración social representa un aporte a los estudios sobre la organización de familiares y sobrevivientes de Cromañón como al campo de investigación más amplio sobre movimientos sociales. El desarrollo argumental trata al Estado como parte de un entramado lábil y de límites difusos, distanciándose de su consideración como entidad unificada, auto-contenida y autónoma que suele guiar análisis académicos e imaginaciones populares. Pero sí el Estado no aparece cosificado tampoco el movimiento se muestra de ese modo, antes que representarse como una entidad discreta y opuesta al Estado, forma parte de un entramado común, en tanto que los procedimientos estatales de acreditación favorecieron

la constitución de las víctimas como víctimas movilizadas. Así, el trabajo de Zenobi, como otros en antropología, desafía un hábito epistemológico extendido que recorta al movimiento social como entidad discreta, vinculada al Estado solamente en términos de impugnación y oposición.

La definición de víctimas movilizadas expresa distinciones entre aquellos que acreditaron vínculos filiales con las personas muertas, como madres y padres, y otros que alcanzaron la categoría de sobrevivientes mediante la puesta en acto de narrativas de sufrimiento ante expertos investidos de autoridad estatal. A la par, también se distinguen otros parientes y quienes acompañan en calidad de militantes o profesionales. Entre estas distinciones son los padres y madres de los muertos quienes gozan de mayor capacidad para definir los asuntos centrales del movimiento, mientras que el lugar de los sobrevivientes se mantiene sujeto a interpretación y evaluación. En ese contexto, Zenobi analiza con soltura y solidez una serie de conflictos que surgen de la evaluación de las actuaciones de personas particulares, los cuales ordinariamente se regulan sobre la base de la metáfora de familia como unidad intergeneracional, y extraordinariamente con la circulación de la sospecha y la acusación pública de “falso sobreviviente”, por lo tanto infiltrado al movimiento como agente de gobierno encubierto, situación vivida por el propio investigador durante el inicio de su trabajo de campo. Lo importante aquí es que Zenobi sostiene que las distinciones y conflictos exceden el marco de relaciones interpersonales puesto que arraigan en principios contradictorios de organización social que operan en ese universo, poniendo en juego la producción social de familiares y sobrevivientes como categorías locales pero también como categorías estatales.

La segunda parte del libro, integrada por el tercero y cuarto capítulo, se focaliza en los procesos de organización y movilización que ponen en tensión la distinción entre la lucha y lo jurídico, así como las discrepancias sobre las maneras adecuadas de expresar las emociones. El argumento vuelve sobre el carácter construido del parentesco, algo ya advertido por investigaciones previas sobre la movilización de víctimas en el espacio público, mostrando como especificidad de Cromañón que la apelación a las emociones no parece otorgar una legitimidad a priori a la manifestación pública. En efecto, el autor demuestra que aún cuando el dolor y la bronca son sentimientos compartidos que permiten un reconocimiento común como víctimas en espacios y

tiempos habilitados para ello, perviven criterios encontrados acerca de cuáles deben ser las formas adecuadas de expresar esos sentimientos. En ese universo social, el desborde se esgrime tanto para explicar la imposibilidad de manifestarse públicamente -personas anuladas por el dolor-, hecho que se vive como problemático puesto que la lucha se piensa como un proceso certero para modificar o mejorar los términos de los expedientes jurídicos, como para señalar aquellas manifestaciones consideradas irracionales que restarían buena reputación a los familiares a los ojos de agentes encargados del acto judicial.

En este punto es preciso mencionar que, hace ya tiempo, distintas investigaciones tomaron en consideración aquello que definen como “factor cultural”, dentro del cual se engloban la identidad colectiva y las emociones, para explicar la emergencia, la trayectoria y los resultados de la acción colectiva. Esos trabajos procuraron redefinir esquemas interpretativos sobre las motivaciones para la acción que se habían polarizado en torno a identidad/interés, identidad/incentivos y lucha expresiva/lucha material. Puntualmente, los estudios sobre emociones pretendieron descentrar el peso otorgado a la racionalidad de los actores, sin embargo, como mostré yo misma en trabajos previos (Manzano, 2013), la continuidad soterrada de la tradición de estudios sobre el sistema social impulsada por Parsons limitó el tratamiento de las emociones a un factor más entre otros que estructuran la acción colectiva. Frente a esa limitación, el libro de Zenobi se revela también como un aporte puesto que propone desplazar la atención de la emoción o las emociones en sí mismas hacia el entendimiento de qué tipo de acciones son consideradas como emocionales y qué tipo de relaciones y conflictos se articulan alrededor de las mismas. En el caso analizado, constituirse como víctimas a través de un discurso que resalta la afectividad parecería conflictivo en un escenario de lazos contrapuestos que los definen como familiares y al mismo tiempo como querellantes de una caída jurídica penal, luchando por ser reconocidos como interlocutores legítimos, *ni violentos, ni abatidos, ni locos, ni deprimidos*.

En el capítulo cuarto se debate más acabadamente con análisis inscriptos en lo que Zenobi dio en llamar el modelo de Antígona. Desde el punto de vista de familiares que integran el grupo llamado Que No se Repita, con quienes el autor mantuvo lazos más profundos a lo largo de su trabajo de campo, la oposición a la politización del movimiento no implicaría ni desconoci-

miento ni rechazo a la política. Con esa categoría se alude a otros familiares, sobrevivientes o demás personas vinculadas al movimiento haciendo emerger una noción de política marcadamente ambigua y de múltiples sentidos. Desde el punto de vista nativo, la política puede ser buena o mala, usada a favor o en contra del movimiento, adjetivar a personas y conductas, o remitir a formas de ejercicio, lugares y tiempos. Los múltiples y variados sentidos etnografiados contrastan con el carácter homogéneo de politización y política comúnmente asignado por analistas sociales en el campo de estudios de víctimas movilizadas en demanda de justicia.

La apuesta a la reconstrucción del punto de vista nativo además de devolver la vida social en toda su variabilidad y diferencia también permite desnaturalizar categorías que solemos creer como autoevidentes tales son las de política y familia, y, más aún, el entendimiento de esos dos términos como opuestos. De esta manera, el libro de Zenobi se suma a los esfuerzos que otras investigaciones en antropología vienen realizando para intentar superar dicotomías normativas que rigen buena parte de los estudios en ciencias sociales como economía / política; materialidad / simbolismo; instrumentalidad / expresión; Estado / sociedad civil; cognitividad / emoción; cultura / política; étnico / político; y esencia / construcción (Manzano y Ramos, 2015). En particular, el trabajo de Diego Zenobi es alcanzado por la influencia de la antropología brasileña, como explícitamente señala Fernando Balbi en su interesante prólogo a la obra. Más precisamente, por la influencia ejercida por el NuAP (Núcleo de Antropología da Política, Museu Nacional, de la Universidad Federal de Río de Janeiro), cuya definición de la antropología de la política consiste en atender a la forma en que actores socialmente situados delimitan qué entienden por política y político. Desarrollar una antropología de la política trae como desafío la tarea de dotar de contenido a abstracciones imprecisas y polisémicas, como política y Estado, a la vez que representa una vía para desnaturalizar conceptos que se caracterizan por ser categorías nativas de nuestras propias sociedades y herramientas teóricas de nuestro trabajo de investigación (Balbi y Boivin, 2008).

Al compromiso con esta perspectiva de antropología de la política que mantiene Zenobi en toda la obra, también se añade la aplicación sumamente fértil de la propuesta analítica legada por Max Gluckman. Así, se explican gran parte de los dilemas que aparecen en el plano de las relaciones interpersonales a partir de la identifica-

ción y reconstrucción de principios de organización social contrapuestos que enlazan a las personas empujándolas hacia direcciones contradictorias que se expresan en situaciones sociales. Estos principios fuerzan a la cooperación pero también a la separación y el conflicto, haciendo pervivir intereses mutuos y contrastantes que tienden a resolverse en personalidades sociales, como la de Pablo Asturias, quien media debido a su carácter de padre y abogado entre principios de organización social contrapuestos. De este modo, en las situaciones analizadas en los distintos capítulos del libro, las líneas de fisura parecerían originarse en la constitución de las víctimas en tanto categorías locales y estatales, y en el ordenamiento de la lucha y lo jurídico.

A diferencia de otros enfoques de investigación, la etnografía se caracteriza por una labor artesanal que se articula en la persona del investigador. En ese sentido, Zenobi presenta un trabajo artesanal que tiene la virtud de reconocer materiales y aportes de otros investigadores que desarrollan su labor en campos afines, tanto de aquellos relativamente consagrados como de otros que aportaron al conocimiento de la política con textos iniciales, por ejemplo con tesis de licenciatura. Este procedimiento, más allá de dar testimonio de la honestidad intelectual del autor, pone de relieve el intenso trabajo de lectura, reconstrucción y sistematización del punto de vista y la propuesta de otros investigadores que nutrieron significativamente el propio argumento del libro.

La obra de Diego Zenobi interpela al lector desde múltiples sentidos. Finalizada la lectura del libro aún perviven en mí las vidas de Miri y Leandro, pareciera que escuchara el silbido de Leandro en la búsqueda de su hijo durante la noche del 30 de diciembre de 2004, el mismo silbido que, según relata, motivaba la rápida carrera de su hijo para compartir juntos un partido de fútbol en las calles del barrio en el que habitaban. Ahora bien, si el trabajo interpela de este modo al lector es posible imaginar que lo hace porque el propio Diego Zenobi fue interpelado en todos sus sentidos, lo que permite dimensionar la importancia de una obra que resulta de un

proceso de producción de conocimiento mediante relaciones íntimas y cotidianas con sujetos que expresan su dolor al tiempo que buscan domesticarlo cuando se entrelazan con procedimientos estatales. Miri se desmayó durante la noche del 30 de diciembre y se despertó con la voz de un psicólogo hablándole a su oído, quien actuaba como parte de un programa estatal de contención de víctimas. Leandro era sostenido físicamente por sus familiares tras quedarse sin la fuerza suficiente para caminar apenas se enteró del destino de su hijo, sin embargo, debió pararse para dar inicio a la circulación de documentación oficial de verificación filial. Las emociones se expresan y se domesticaban en función de un orden estatal, y ese es uno de los tantos aspectos en el que este libro deja huellas para continuar interrogando al lector y al mundo académico en general.

Como reflexiona Fernando Balbi en el prólogo a la obra, el lector será capaz de apreciar la medida en que el autor está preocupado por quienes sufrieron y aún sufren Cromañón. Ese compromiso con el sufrimiento se expresa sutilmente y con solvencia, haciendo gala del oficio etnográfico para devolver a los seres humanos en toda su ambigüedad. El libro de Zenobi tuvo que seguir ciertas reglas propias de un trabajo enmarcado en universidades y organismos de ciencia y técnica así como procedimientos comunes al estado actual del campo disciplinar de investigación. No obstante, el lector advertirá momentos o trazos de la obra en los cuales el antropólogo irrumpe con toda su humanidad porque el compromiso antropológico no se funda sobre la funcionalidad de un rol, sino en la trama de interdependencia cambiante con otros, en este caso con los familiares y sobrevivientes de Cromañón, la cual es sometida permanentemente al escrutinio de la reflexividad. El antropólogo irrumpe con todas sus dimensiones vitales para que el lector descubra que esta obra no es sólo para leerla sino para alterar algunos puntos de vista en su vida cotidiana y para (re)conocerse en el dolor de los otros.

## Bibliografía

- Balbi, F. A. (2007). *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Balbi, F. A. y Boivin, M. (2008). La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno. *Cuadernos de Antropología Social*, 27, (7-17).
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno

Editores.

Manzano, V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciónes colectivas y políticas estatales en la vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

Manzano, V. y Ramos, A. (2015). Procesos de movilización y de demandas colectivas: estudios y modos de abordar 'lo político' en la vida social, *Revista Identidades*, 8, (1-25).

